

Guerra urbana y segregación socioterritorial en los escenarios de guerra del siglo XXI

Urban warfare and socioterritorial segregation in 21st century war scenarios

María José Rodríguez Rejas

Universidad Autónoma de la Ciudad de México
maria.jose.rodriguez@uacm.edu.mx

Resumen. La guerra urbana tiene un lugar central en los conflictos armados del siglo XXI. Las tendencias apuntan a la concentración de población en centros urbanos y a su proliferación a la par del crecimiento de la desigualdad. Las concepciones de seguridad asocian estos factores con un incremento de la conflictividad que convertirá a las ciudades y, en particular, a los barrios empobrecidos, en escenarios de guerra asimétrica. El objetivo del trabajo es problematizar desde una perspectiva crítica estas interpretaciones que conducen a la criminalización de la pobreza. Las nuevas amenazas focalizan en los sectores empobrecidos la base social que nutre y apoya a las insurgencias urbanas (crimen organizado, guerrilla, terroristas), lo que convierte a la población civil empobrecida en objetivo de las estrategias de contrainsurgencia, ahora actualizada con las nuevas tecnologías de información y comunicación.

Desarrollaremos tres aspectos: las bases de la concepción de guerra urbana; la problematización de las insurgencias urbanas desde la perspectiva de guerra contra los pobres; y los riesgos de este enfoque para América Latina, donde se ubican varias de las megaciudades del siglo XXI; la tendencia urbanizadora y la desigualdad van en ascenso; y las FFAA de la región se forman en el enfoque estadounidense de guerra urbana.

Palabras clave. Guerra urbana; guerra contra los pobres; geopolítica vertical; América Latina.

Formato de citación. Rodríguez Rejas, María José (2024). Guerra urbana y segregación socioterritorial en los escenarios de guerra del siglo XXI. URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales, 14(1), 51-66.

Recibido: 02/04/2024; **aceptado:** 21/11/2024; **publicado:** 30/11/2024

Edición: Ciudad de México, 2024, Universidad Autónoma Metropolitana

Abstract. Urban warfare occupies a central place in the armed conflicts of the 21st century. Trends point to the concentration of the population in urban centers and its proliferation along with the growth of inequality. Conceptions of security associate these factors with an increase in conflict that will turn cities and, in particular, impoverished neighborhoods, into scenarios of asymmetric war. The objective of the work is to problematize from a critical perspective these interpretations that lead to the criminalization of poverty. The new threats focus on impoverished sectors, the social base that nourishes and sustains urban insurgencies (organized crime, guerrillas, terrorists), which makes the impoverished civilian population the target of counterinsurgency strategies, now updated with new technologies of information and communication.

We will develop three aspects: the bases of the conception of urban warfare; the problematization of urban insurgencies from the perspective of the war against the poor; and the risks of this approach for Latin America, where several of the megacities of the 21st century are located; the trend towards urbanization and inequality are increasing and the region's armed forces are trained in the American approach to urban warfare.

Keywords. Urban war; war against the poor; vertical geopolitics; Latin America.

Guerra urbana en los escenarios de conflicto del siglo XXI: el peso de la seguridad interior

La guerra urbana tiene un lugar central en la perspectiva de los conflictos armados del siglo XXI como se puede constatar en la producción institucional de los aparatos de seguridad y *think tanks* de los países centrales (NATO, 2020; Bodnar y Collins, 2019). Así lo sintetizaba la *Army War College* a mitad de los noventa: “El futuro de la guerra está en las calles, las alcantarillas, los rascacielos, los parques industriales y la proliferación de casas, chozas, y refugios que forman las ciudades rotas de nuestro mundo. Lucharemos en otros lugares, pero no tan a menudo, rara vez con tanta renuencia, y nunca tan brutalmente. Nuestra historia militar reciente está salpicada de nombres de ciudades: Tuzla, Mogadiscio, Los Ángeles, Beirut, Ciudad de Panamá, Hue, Saigón, Santo Domingo, pero estos encuentros no han sido más que un prólogo, con el verdadero drama aún por venir” (Peters, 1996, p.43). En la actualidad, los conflictos armados que tienen lugar en ciudades afectan ya a unos 50 millones de personas, según Cruz Roja Internacional (ICRC, 2017; ICRC, 2015).

En el caso de América Latina, la dependencia de EU en materia de seguridad, marcará con su impronta las concepciones, estrategias y formación de los cuerpos de seguridad en la región. La razón fundamental es que las ciudades y, en particular, las megaciudades, tras el fin de la Guerra Fría y la reorientación de las

concepciones y estrategias de seguridad de EU, serán vistas como focos de conflictividad creciente en espacios cerrados y acotados con alta densidad de población; presentan retos en una escala y complejidad mucho mayor por su dimensión y porque son un centro de gravedad del poder tanto a nivel económico como político y cultural.

Sin duda, las tendencias apuntan a la concentración de población en centros urbanos en el siglo XXI y a su crecimiento sostenido, profundizando la tendencia de la segunda mitad del siglo XX. En 1975, el 38% de la población a nivel mundial vivía en las ciudades; en 2018, fue el 56.2% y se estima que en 2030 será el 60%, con un importante aumento de nuevas megaciudades que se ubicarán sobre todo en países periféricos (UN-Habitat, 2020). En América Latina, el proceso es aún más abrupto al pasar del 41.3% de la población viviendo en ciudades en 1950 a 81.2% en 2018 y se calcula que será el 89% en 2050 (Cepal, 2024). De hecho, América Latina es de las regiones del mundo con mayor porcentaje de población viviendo en las ciudades, como podemos apreciar en la Tabla 1.2, a lo que habrá que agregar el crecimiento de la desigualdad y, con ello, los riesgos de inestabilidad y conflicto, de manera que los centros de las ciudades y los barrios residenciales se perfilan como los campos de batalla del siglo XXI, como reconoce Cruz Roja Internacional (ICRC, 2017).

Table 1.2: Urban population and level of urbanization (2015–2050)

Region	Urban population (million)								Percentage urban							
	2015	2020	2025	2030	2035	2040	2045	2050	2015	2020	2025	2030	2035	2040	2045	2050
World	3 981	4 378	4 774	5 167	5 555	5 938	6 312	6 680	53.9	56.2	58.3	60.4	62.5	64.5	66.4	68.4
More developed regions	979	1 003	1 027	1 049	1 070	1 090	1 108	1 124	78.1	79.1	80.2	81.4	82.7	84	85.4	86.6
Less developed regions	3 002	3 375	3 747	4 117	4 485	4 847	5 204	5 556	49	51.7	54.3	56.7	59	61.3	63.4	65.6
Africa	491	587	698	824	966	1 125	1 299	1 489	41.2	43.5	45.9	48.4	50.9	53.6	56.2	58.9
Asia	2 119	2 361	2 589	2 802	2 998	3 176	3 335	3 479	48	51.1	54	56.7	59.2	61.6	63.9	66.2
Europe	547	556	565	572	580	587	593	599	73.9	74.9	76.1	77.5	79	80.6	82.2	83.7
Latin America and the Caribbean	505	539	571	600	626	649	669	685	79.9	81.2	82.4	83.6	84.7	85.8	86.9	87.8
North America	290	304	319	334	349	362	375	386	81.6	82.6	83.6	84.7	85.8	86.9	88	89
Oceania	26	28	30	32	34	36	39	41	68.1	68.2	68.5	68.9	69.4	70.2	71.1	72.1

Source: UNDESA, 2019b. World Cities Report 2022 Envisaging the Future of Cities . UN. <https://www.un-ilibrary.org/content/books/9789210028592c006/read>

La concentración es mayor en grandes ciudades y en megaciudades, en detrimento de las ciudades de tamaño pequeño y mediano. Actualmente, América Latina cuenta ya con cuatro megaciudades (Ciudad de México, Buenos Aires, Sao Paulo y Río de Janeiro), lo que representa el 17% de la población urbana de la región (UN Human Settlements Programme, 2022). A pesar de los graves problemas que enfrentan las ciudades en cuanto al acceso al agua, cambio climático, competencia por el empleo, encarecimiento del uso del suelo a partir de la especulación inmobiliaria, etc. la tendencia creciente se mantiene.

Sin embargo, este crecimiento, lejos de ser expresión de una tendencia natural inevitable e irreversible, como a menudo se presenta, es más bien el resultado de un crecimiento inducido en el marco de un modelo económico y de servicios en el que la ciudad se convierte en un centro de acumulación y reproducción del capital a costa de otros territorios que se convierten en proveedores de recursos, energía, mano de obra barata y depósito de desechos. Como señala Harvey: “Durante mucho tiempo, las ciudades han sido sumideros para la inversión. En consecuencia, se da una relación de vital importancia entre los flujos de inversión en el entorno construido y la tendencia hacia la sobreacumulación... la forma espacial se ve constantemente remodelada de acuerdo con los dictados de la acumulación” (Olmo y Rendueles, 2007). La dinámica de la ciudad está especializada en el consumo (recursos, energía, productos) y la acumulación, concentrando empleo y servicios (salud, educación, transporte, agua, energía, etc.); se convierte así en una fuente de atracción que induce la migración desde los núcleos rurales y desde las

ciudades de tamaño pequeño y mediano hacia las más grandes. La ciudad es falsamente presentada como una opción elegida por las personas, orientada al mejoramiento de la vida y sostenida por un imaginario, que asocia urbanización, progreso y modernización. Desde una perspectiva crítica, el metabolismo social urbano desenmascara la artificialidad del proceso y expone la relación del patrón de acumulación capitalista con esa urbanización inducida, así como con las contradicciones y conflictos que desata. El capitalismo, que siempre ha puesto la ciudad en valor, produce al mismo tiempo una fragmentación espacial y social que se agudiza en la ciudad neoliberal (Harvey, 1979; Harvey, 2020) a partir de la destrucción del Estado social, la privatización del espacio público, de los servicios urbanos, que pauperizan aún más a las personas ya de por sí excluidas por las políticas de ajuste aplicadas durante cuatro décadas (reducción salarial, flexibilización, inestabilidad laboral, encarecimiento de la vivienda, etc.).

Sin embargo, buena parte de los análisis institucionales en materia de seguridad, asocian acríticamente el crecimiento urbano con un incremento de conflictividad que convertirá a las ciudades y, en particular, a los barrios empobrecidos, en escenarios de guerra asimétrica. Se habla así de que los “grandes espacios públicos urbanos se convirtieron en centros populistas tácticos” (Álvarez-Calderón et al., 2022, p. 756), en potenciales bases de apoyo para el enemigo en la medida en que “los recién llegados a zonas urbanas experimenten algún grado de frustración debido a la decepción económica y las expectativas insatisfechas... En este contexto, un gran número de jóvenes desempleados o subempleados podrían tener incentivos para luchar y participar en el crimen organizado u otras actividades al margen de la ley” (Ib. p. 773). Es decir, se politiza la inseguridad desde una perspectiva conservadora criminalizando la condición social popular y las disidencias en general, al focalizar en los barrios periféricos y en quienes los habitan, la (potencial) amenaza a combatir. Al respecto, el objetivo de este trabajo es problematizar desde una perspectiva crítica estas correlaciones mecánicas que conducen a una interpretación simplista, con intencionalidad política, que excluye el campo social de condiciones y, por tanto, las relaciones de poder en el capitalismo neoliberal; en particular, en las políticas de seguridad focalizadas en la ciudad neoliberal, que serán su expresión escalar local.

Sin duda, la importancia de las ciudades en los conflictos bélicos ha sido recurrente a lo largo de la historia; las ciudades siempre fueron sitiadas y destruidas como objetivo de guerra. El recuento sería inacabable, pero podemos recuperar algunos ejemplos del siglo XX. Berlín, Londres, Leningrado, Hiroshima, Nagasaki, durante la II Guerra Mundial. En las guerras en Indochina y Vietnam, a pesar de que las zonas rurales fueron el escenario principal del conflicto, se mantuvo la disputa por las ciudades, destacando la batalla de Hue que pasó a ser conocida como el Stalingrado de Vietnam. Lo mismo se puede constatar en conflictos armados más recientes como la guerra en la ex-Yugoslavia (Belgrado, Srebrenica), Afganistán (Kabul), Irak (Bagdad, Mosul), Siria (Alepo, Damasco), Líbano (Beirut, Tyre, entre otras), las ciudades en la guerra de Ucrania o la actual operación de exterminio de Israel en Gaza. La importancia de la guerra urbana también está vinculada con la preocupación de EU que tuvo derrotas urbanas importantes como el caso de los Rangers en Mogadiscio en 1993, en Bagdad, donde no consiguió el control de la ciudad en la primera operación (1991), viéndose obligado a abandonar el país en 2011, tras la segunda intervención.

Lo que resulta relevante en las guerras urbanas de nuestros días son: a) las dimensiones de las ciudades, con un creciente número de megaciudades; b) el desarrollo tecnológico aplicado a inteligencia y comunicaciones; y c) la orientación y papel de las ciudades en la reproducción del patrón de acumulación capitalista neoliberal. Sin duda, la anatomía de las ciudades en la actualidad revela la complejidad espacial de los centros urbanos (niveles, altura, subsuelo, redes, infraestructura, comunicaciones) y con ellos, los retos y riesgos para el combate que, en último término, se realiza con unidades en tierra. Son espacios en los que se concentran infraestructuras vitales, así como un gran número de población civil, los llamados no combatientes.

Los niveles pasan a ser un reto permanente, tanto por la altura de los edificios y las distintas posiciones de ataque como por los múltiples subterráneos con que cuenta la ciudad (drenajes, red de metro, etc.). Las múltiples ventanas, puertas y recovecos aumentan la vulnerabilidad de los cuerpos de seguridad. Así, desde la perspectiva de las instituciones de seguridad y defensa, la guerra urbana (NATO, 2020) es vista no sólo como el escenario de las guerras del siglo XXI sino como un tipo de guerra asimétrica con actores no estatales heterogéneos y condiciones de alto riesgo físico para los actores armados estatales ante complejos desafíos que dificultan el éxito de la contienda. En definitiva, “una empresa sangrienta, costosa, desorientadora, que consume mucho tiempo y requiere el sacrificio de muchas vidas” (Álvarez-Calderón et al., 2022, p.770) en la que, se dirá, es difícil diferenciar a los combatientes de los civiles no combatientes, en particular porque éstos pueden llegar a operar como base de apoyo material, ideológico e incluso convertirse en potenciales combatientes a futuro. Desde los enfoques institucionales, se considera que hay un creciente interés de grupos “subversivos y criminales” para actuar en áreas urbanas y que, por tanto, la ciudad es una herramienta para la guerra por parte de los grupos criminales, entre los que se incluye una heterogénea gama (terroristas, bandas criminales, “organizaciones insurgentes”, “manifestantes”, “activistas”) a veces identificada con las guerrillas convencionales y otras con grupos políticos locales o movimientos sociales (Kilcullen, 2006; Kilcullen, 2013). La ambigüedad en la caracterización de estos grupos permitirá tratarlos como equivalentes, homogeneizándolos, a pesar de sus grandes diferencias, de ahí que la disputa por la penetración y control de los espacios civiles sea crucial. El acento se pone en las ciudades y barrios empobrecidos que hacen de éstas “ciudadelas de los desposeídos y los irreconciliables” (Peters, 1996). Los centros urbanos son vistos tanto como una fuente permanente de amenazas a la seguridad como proveedores de una base social que puede tanto sumarse a estas organizaciones como brindarles apoyo y protección. Así, la guerra urbana se concibe como una guerra de redes no sólo en el sentido tecnológico sino social. La guerra urbana es teorizada además como un desafío a la seguridad nacional con todas las implicaciones que tiene esta extrapolación de las escalas cuyas acciones, no obstante, recaerán en el espacio local.

La respuesta será guerra contrainsurgente¹ apoyada en el uso de las nuevas tecnologías de información y comunicación que facilitan las acciones remotas (drones de reconocimiento, para lanzamiento de gas, kamikazes, lanzamiento de proyectiles; inhibición de la señal de red; etc.). Se exaltan las capacidades tecnológicas y armamento de los actores armados ilegales, sean guerrillas u organizaciones del crimen organizado, en relación con los cuerpos de seguridad del Estado, por ejemplo, en cuanto a evasión de las nuevas tecnologías de vigilancia, las ventajas que les otorgarían la arquitectura urbana y densidad de los edificios, e incluso el éxito de la difusión e impactos de su propaganda, que habría que contrarrestar. Una cosa es pensar en la complejidad de los riesgos, pero resulta poco creíble pensar en una *cuasi* capacidad rebasada de las FFAA, sea en EU o los países europeos, incluso en América Latina, cuando la inversión y presupuestos de defensa no han dejado de crecer en los últimos años a la par de la formación especializada en contrainsurgencia.

El traslado del conflicto al escenario urbano y la focalización del enemigo al ámbito interno se inscriben en las nuevas concepciones y estrategias de seguridad asociadas al ciclo neoconservador-neoliberal desde los ochenta. A la par que se diversificaron las amenazas, se expandió la condición del enemigo que pasó a ser (potencialmente) cualquiera y estar en cualquier parte, perdiendo, aparentemente, el carácter político que había tenido durante la Guerra Fría. En el Documento de Santa Fe IV (Lucier, 2000), con

¹ La guerra contrainsurgente en su sentido tradicional, encuentra sus raíces en la guerra de Indochina y sería desarrollada por el ejército francés, que asesoró y formó a las Fuerzas Armadas estadounidenses para actuar en escenarios de guerra asimétrica que pondrían en práctica en Vietnam. La estrategia está centrada en el enemigo interno ocupando un espectro de guerra de total, de amplio espectro, combinando estrategias de guerra económica, social, ideológica, psicológica y mediática, disputar el apoyo de las bases sociales que sostienen a dicho enemigo. Se buscará tender el cerco para aislar y fragmentar al enemigo. La obtención de información y la producción de inteligencia cobran un papel relevante en la contienda así como los mecanismos de abuso y tortura que faciliten la obtención de dicha información. El objetivo es la aniquilación del enemigo en un esquema de guerra permanente. Puede consultarse un recuento sobre concepciones y documentos en “La contrainsurgencia reactualizada”, y “La estrategia hacia América Latina, una estrategia contrainsurgente”, en Rodríguez-Rejas (2017).

antecedentes en Santa Fe II, las nuevas amenazas incluyeron terrorismo, narcotráfico, desestabilización, catástrofes naturales, deforestación, migración, pobreza, endeudamiento de los países periféricos y las llamadas “democracias populistas”. La definición del enemigo se concentró en el nivel interno, difuminándose la frontera entre seguridad pública y seguridad nacional, lo que abrió la puerta a la militarización de la seguridad pública (Rodríguez-Rejas, 2017). La idea del “enemigo interno” apuntaba directa o indirectamente a los sectores empobrecidos, internos y/o de los países periféricos, lo que derivaría en la criminalización de la pobreza, de la protesta y en el uso social del miedo en torno a procesos de securitización.

Las guerras del siglo XXI dejan de ser concebidas como conflictos interestatales e incluso pierde centralidad la dimensión armada. Se impone la guerra asimétrica, en el marco de lo que Lind (2004) teoriza como guerra de cuarta generación, en las que el Estado enfrenta actores no estatales (organizaciones, grupos o incluso individuos). La guerra ya no requiere de declaratorias formales ni frentes de batalla, opera como guerra de espectro completo y ante el carácter multicausal del conflicto se despliegan estrategias combinadas en todos los ámbitos (económico, social, político, cultural, psicológico, jurídico, mediático, armado). En tanto el enemigo es fundamentalmente interno, la guerra será además total, permanente y preventiva, actuando contra el potencial enemigo antes incluso de que éste llegue a actuar. El eje central del triunfo radica en el plano cultural de manera que el conocimiento del grupo o comunidad será fundamental para lograr la victoria: “Es en la estrategia y en los niveles mental y moral donde se define la guerra” (Lind et al, 1989). De ahí la importancia de generación de información, inteligencia y producción de propaganda eficiente para disputar el apoyo de la población civil. Además, las diferencias de clase y el potencial descontento son elementos relevantes del devenir del conflicto. Como señala Crevelde (1991), en *The Transformation of War*, la gestión del miedo y el uso de la propaganda son fundamentales en la disputa por las bases de apoyo entre la población. El objetivo para lograr el éxito de la contienda será control con aceptación de la población. La guerra de cuarta generación será, como reconocen sus proponentes, contrainsurgencia actualizada que, incluso, llevará la guerra psicológica convencional de la vieja contrainsurgencia a una nueva escala para incidir no sólo en la manipulación de la opinión pública y la producción de un imaginario sobre las amenazas sino que llegará a la escala de la disputa por los procesos cognitivos y emocionales vinculados a la toma de decisiones; es decir, guerra neocortical (Szafranski, 1994) que ocupa estrategias de modelación de la subjetividad y disputa por la ciudadanía como base de apoyo social imprescindible para el éxito de la contienda.

De esta manera, podemos entender por qué en la guerra urbana, el enemigo es enfrentado con métodos no convencionales a cargo de fuerzas especiales y paramilitares. El propio Comando Sur señala que la guerra contra el narcotráfico, el terrorismo y las organizaciones consideradas criminales es explícitamente guerra contrainsurgente. En estas concepciones y estrategias son formados y entrenados los cuerpos especiales de combate en guerra urbano a lo largo del planeta. En esa línea, la insurgencia moderna está lejos de esa imagen vinculada a la tradicional concepción de las guerrillas en el marco de la Guerra Fría, durante la década de los cincuenta y sesenta; tampoco a las guerrillas que aún actuaban en Centroamérica o en Colombia durante los ochenta. Las insurgencias, en el sentido que plantea Kilcullen, hace referencia a un heterogéneo abanico de actores que van desde organizaciones criminales, movimientos, grupos de diverso signo, clanes, pandillas, incluso familias, pueblos y redes barriales que habrían desplazado a las formas convencionales como guerrillas; es concebida como un levantamiento popular que se nutre de redes existentes y que se concentra en las áreas urbanas donde habita el grueso de la población (Kilcullen, 2013). De ahí que los sectores empobrecidos, y del espacio urbano en particular, en continuo crecimiento, sean vistos como potencial amenaza y/o base de apoyo a las insurgencias urbanas.

En este sentido, la guerra urbana se inserta en el marco de las guerras de cuarta generación, comparte sus estrategias, su focalización en seguridad interior, el papel central de la guerra cultural, la disputa por la

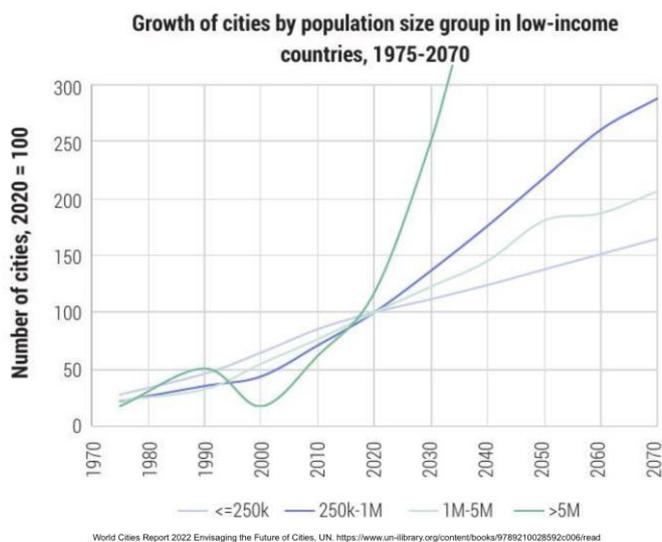
población civil como fuente de apoyo de las insurgencias, la relevancia de inteligencia e información y el uso masivo de tecnologías de comunicación. Es “un ataque directo contra la cultura del enemigo” valiéndose de propaganda masiva, “armas no visibles que consiguen adhesión tanto en las formas de pensar como en los modos de reaccionar y decidir” (González, 2012, p.85). Es decir, conciencia situacional en el marco de la guerra cognitiva, no sólo psicológica (Szafranski, 1994)

En este sentido, es posible problematizar la guerra urbana como una herramienta del orden neoconservador actual. Hay un vínculo entre la disputa por el espacio en la escala local, nacional e internacional; entre la geopolítica vertical y mundial, en tanto la ciudad es un reflejo de la escala global del capital y su dinámica, pero también un articulador de esa geografía del poder.

Insurgencias urbanas en la “ciudad feral”: los pobres como (potencial) amenaza

La tendencia a la creciente urbanización en un contexto de recesión mundial, inflación y desmantelamiento de las ayudas sociales creadas durante la pandemia, está asociada al crecimiento de la desigualdad y la pobreza, que ya venía agudizándose en las últimas décadas de la mano del patrón de acumulación neoliberal (OXFAM, 2022; Chancel et al., 2021); peor aún en los países periféricos. Desde el enfoque de seguridad hegemonizado por EU, las ciudades de países periféricos, no sólo las ciudades árabes, serán las zonas de conflicto prioritarias, asociadas con el caos y la ingobernabilidad; son las llamadas “áreas urbanas hiperdegradadas” (barrios industriales, favelas, casbahs) (Graham, 2007). Es decir, el problema no es el crecimiento urbano y demográfico per se sino las personas empobrecidas de las áreas urbanas en particular y su potencial conflictivo.

Gráfica 1



Como podemos ver en la gráfica 1, el crecimiento de las ciudades con más de 5 millones de habitantes ha sido constante en los países de más bajo ingreso desde el 2000 y presenta una tendencia exponencial en las próximas décadas, como señala UN Human Settlements Programme (2022). A esto hay que agregar que la mayor densidad de población urbana se encuentra en las franjas de menor ingreso. No sorprende, por tanto, la focalización de las concepciones y estrategias de seguridad en los sectores pauperizados, sobre todo en los jóvenes. Desde las políticas de seguridad se establece una relación mecánica entre crecimiento de población, criminalidad y desigualdad urbana; se hablará de los “riesgos de la pobreza” y de los “ecosistemas criminales urbanos” (Álvarez-Calderón et al.; Bustamante, 2020). El carácter multidimensional de la pobreza, el sufrimiento social (Das, 1997) que conllevan las carencias en el

mundo urbano (calidad de la vivienda, ingreso, infraestructura y servicios, salud, inseguridad, invisibilización en la toma de decisiones, etc.), como bien señala Naciones Unidas (UN Human Settlements Programme, 2022), y los impactos de la desigualdad en las posibilidades de vida (Therborn, 2015), no aparecen como parte del campo de condiciones del capitalismo neoliberal en el que se inscribe el problema de la (in)seguridad.

Se impone una perspectiva acrítica del capitalismo que exonera la violencia de las élites económicas y políticas. Se naturaliza la generación de cinturones de miseria y se establece la existencia de un determinismo que desemboca en el descontento social y la criminalidad. Como señala Harvey (2010), la ciudad neoliberal es reflejo de la concentración de riqueza y poder, de desigualdad en gran escala generada a partir del patrón de acumulación neoliberal; una ciudad gentrificada y con espacios de habitabilidad para los ricos, con centros de consumo y entretenimiento, espacios seguros, múltiples servicios, captación de turismo, desarrollos de negocios, infraestructura suficiente y de calidad, instituciones culturales, al tiempo que produce espacios que profundizan la segregación histórica a la que se superpone la pauperización neoliberal de la población trabajadora (Bourdieu et al., 2007). En términos sociales y espaciales, la ciudad neoliberal es profundamente desigual y segregadora (Hidalgo y Janochka, 2014). Si bien la ciudad tuvo históricamente un carácter excluyente desde su formación, asociado a la organización y gestión de la reproducción del capital (Harvey, 1979), más aún en los países periféricos, en el contexto neoliberal, cobró una importancia creciente ante las crisis recurrentes del capitalismo y las respuestas de huida hacia adelante que profundizan todas sus contradicciones en un ciclo de violencia sin fin. Concentra las actividades financieras, servicios, captación de mano de obra, gentrifica al desplazar y concentrar a los trabajadores de menos recursos en áreas segregadas a la par que atomiza, destruye empleo, pauperiza y genera complejas dinámicas de supervivencia.

Desde el enfoque de guerra urbana, la problematización se circunscribe a la insuficiencia de fondos para infraestructura, desarrollo urbano y reducción de la pobreza no obstante que la exclusión no depende sólo ni principalmente de la infraestructura o el desarrollo urbano sino de las condiciones laborales, de ingreso, de las políticas públicas, etc. Además, las mejoras urbanas se enfocan a mejorar las redes comerciales y la movilidad hacia los centros de trabajo y de consumo, no a abordar los problemas estructurales. Se apela al argumento del “desbordamiento del gobierno” para atender las demandas, a la “carencia de recursos” o a la “insuficiente capacidad” para satisfacer los requerimientos de servicios e infraestructura, lo que acabaría siendo aprovechado por los grupos criminales para conformar “espacios vacíos de autoridad” en barrios y áreas periurbanas e incluso “gobiernos criminales” (Bustamente, 2020). Las amenazas a la seguridad se focalizan en términos de segregación de clase y socioterritorial (Gledhill, 2015). Desde esta perspectiva, la respuesta pasa por la justificación de la militarización de los entornos urbanos a través de operaciones especiales, a veces nombradas como operaciones de paz, en las que serán fundamentales las tareas de inteligencia para conocer la dinámica de las relaciones en dicho espacio. Se habla así explícitamente de un trabajo orientado a la conciencia situacional (Álvarez-Calderón et al, 2022) en el marco de la estrategia de guerra neocortical. En el caso de América Latina, las respuestas policiales y la militarización de la seguridad pública han sido una constante de la mano de gobiernos neoliberales que, lejos de resolver el problema, condujo a violaciones de derechos humanos, a la criminalización de la pobreza y de la protesta y a la segregación socioterritorial de los barrios empobrecidos.

En los espacios segregados cohabitan trabajadores con empleo formal, autoempleados en la economía informal, subempleados, todos pauperizados. La estigmatización territorial (Wacquant, 2004) asocia el desprecio que impone el estigma hacia quienes ocupan una condición social y económica vulnerables con su espacio de habitabilidad. Es una representación social y simbólica de la violencia que se justifica a partir de la deslegitimación social y, en este sentido, es producida desde el poder, reproducida desde sus diversos agentes (franjas de la clase política, de medios de comunicación y sectores académicos conservadores, funcionarios públicos, etc.), difundida en la ciudadanía en general e, incluso, interiorizada por las víctimas del estigma. La difamación en la que se sostiene la estigmatización socioterritorial representa la

revictimización de quienes ya fueron víctimas de la violencia neoliberal de amplio espectro (económica, social, psicológica y cultural). El territorio y sus habitantes aparecen como representación del caos y la violencia; un imaginario que provoca emociones negativas que, a su vez, serán el sostén de las crecientes demandas punitivas, de la militarización de la seguridad pública y del discurso securitario en la era del Estado de seguridad (Wacquant, 2010; Rodríguez-Rejas, 2021). En la ciudad neoliberal, la desigualdad creciente se expresa en una geografía del poder (Massey, 2009; Hiernaux, 2011) y su violencia.

Sin duda, la segregación socioterritorial no es una novedad. Estuvo presente a lo largo del capitalismo industrial en las periferias urbanas de América Latina, en el gueto negro en EU, en los barrios obreros en Europa; esos mismos espacios donde el Estado social tuvo escasa o nula presencia histórica. Lo que es novedoso desde fines de siglo XX, como plantea Wacquant, es que la imagen de desprecio y criminalización de las personas empobrecidas y sus espacios de habitabilidad se extiende entre la ciudadanía en general y se universaliza, incluso a través de películas, videojuegos y música: “en cada país un pequeño grupo de barrios se ha vuelto universalmente reconocido y atacado a nivel social y espacial como refugios de indigencia y decadencia... características que se generan y perpetúan por sí solas. Los nombres de estos barrios –sinónimos de infiernos sociales– circulan tanto en discursos periodísticos, políticos y académicos como en conversaciones cotidianas” (Wacquant et al., 2014, p.227). Son vistos como expresión de desintegración social y caos amenazante frente al que hay que actuar para garantizar la seguridad. Es la “nueva cuestión social” que responde a la vieja dicotomía caos vs. orden, progreso vs. atraso, lo salvaje vs. lo civilizado, criminalidad vs. ciudadanía. El propio reordenamiento del espacio en la ciudad es un ejercicio de control social y producción de gobernabilidad como señala Graham: “la destrucción que sigue se dirige contra los lugares marginados y las personas que se construyen discursivamente como atrasadas, sucias, anticuadas o amenazantes para el orden dominante. Tanto en las sociedades autoritarias como en las democráticas, las ideologías de planificación urbana a menudo han invocado deliberadamente metáforas de guerra y militarismo para legitimar actos violentos de transformación planificada” (2004). El fenómeno es aún más evidente en las ciudades latinoamericanas donde la urbanización tuvo lugar en el marco de un capitalismo dependiente que exacerba la desigualdad y concentración hasta hoy (Pradilla, 2014).

En la ciudad neoliberal, se impone una ideología del no merecimiento (undeserving) de los excluidos que busca legitimar la violencia de la exclusión y las respuestas punitivas en el marco de lo que Gans (1995) define como guerra contra los pobres. Las etiquetas con que son nombrados por la clase política, funcionarios y medios de comunicación, les hacen responsables de los problemas de la sociedad en general y de la economía en particular, en tanto se les atribuyen valores sociales negativos (son vagos, incapaces, abandonan, no se esfuerzan lo suficiente, son adictos, no valoran las ayudas) que no sólo les estigmatizan, sino que se usan para justificar el desmantelamiento de políticas sociales. Apoyándose en teorías individualistas, se les considera responsables de su propia situación, sin contexto ni historicidad. Al mismo tiempo, se les exige fuerza emocional para sobreponerse a sus circunstancias y salir adelante en una realidad que, como enfatiza Gans, les ha sido cancelada de antemano. Desde este entramado que les revictimiza e invisibiliza las condiciones de violencia que les llevaron a la condición de exclusión, se construye un imaginario que vincula pobreza y (potencial) delincuencia, de manera que, además, se les hace responsables de la inseguridad, segregándoles así como los lugares que habitan. Se teme incluso que se organicen, produciendo disturbios e insurrecciones urbanas. La criminalización de la pobreza será la estrategia ideológica para enfrentar punitivamente la nueva cuestión social, a la par que permite gestionar el miedo que alimenta las demandas políticas de mano dura a cambio de la cesión de espacios de decisión y participación. La securitización urbana, con videovigilancia, la reducción de la edad penal, la militarización de la seguridad pública, el patrullaje de calles con armas de alto poder, el uso de alarmas en viviendas y calles, será la expresión en la vida cotidiana de esa demanda, así como de una institucionalidad y legislación que normaliza la excepción en el marco del Estado de seguridad en que desembocó el Estado neoliberal.

La imagen de desorden y caos en los espacios de exclusión coincide con la percepción de amenaza asociada a sus habitantes. La territorialización de la exclusión se traduce en lenguaje estigmatizante: “relocalización de nuevas formas de criminalidad”, “bolsones urbanos de ingobernabilidad”, “semilleros para el crimen organizado”. Como parte de este lenguaje surge el término de ciudad feral, violento desde su semántica - “ciudades salvajes”, “ingobernables”, “tóxicas”-, descansa en la estigmatización socioterritorial y se alimenta de la idea de una cultura de la pobreza y la existencia de la underclass, conceptos también ampliamente cuestionados (Katz, 2013; Gans, 1995). Creado por Richard Norton, comandante de Marina de EU en retiro y ahora profesor en la Escuela Naval de Guerra, el concepto de ciudad feral está asociado directamente con la guerra urbana y sus estrategias y, a pesar de haber sido criticado por su ambigüedad ha sido también ampliamente difundido. Hace referencia a las ciudades periféricas densamente pobladas y a los barrios marginales (slums), donde, se dice, impera el caos y la destrucción del orden social al concentrarse en ellos el poder criminal, que usa métodos de guerra irregular y desplaza al poder civil, poniendo en crisis el estado de derecho y llegando a establecer una articulación a nivel internacional con sus equivalentes en otras ciudades. Son ciudades sin apenas servicios sociales e infraestructura adecuada para satisfacer las necesidades de la población. La ciudad feral representa uno de los mayores desafíos de la seguridad del siglo XXI: “El gran tamaño de una ciudad salvaje, con sus edificios, otras estructuras y espacios subterráneos, ofrecería una protección casi perfecta contra los sensores aéreos, ya sean satélites o vehículos aéreos no tripulados” (Norton, 2003, p.3). Estas ciudades y barrios marginales se consideran “refugios de organizaciones criminales” que encuentran en ellas condiciones idóneas, por su arquitectura y por el caos imperante para esconderse, al mismo tiempo que son fuente de reclutamiento entre los más jóvenes.

Desde esta perspectiva, las bandas delincuenciales se convierten en “insurgencias locales” disputando el poder del Estado. El término acaba asociado a actores no estatales politizados, desde guerrillas convencionales hasta movimientos sociales y organizaciones de protesta: “Algunos elementos, ya sean delincuentes, grupos de resistencia armada, clanes, las tribus, o asociaciones de vecinos, ejercen diversos grados de control sobre partes de la ciudad. Se producen transacciones comerciales entre ciudades, ciudades-estado e incluso internacionales, pero la corrupción, la avaricia y la violencia son sus características distintivas. Una ciudad salvaje experimenta niveles masivos de enfermedades y crea suficiente contaminación para calificar como una zona de desastre ambiental internacional. La mayoría de las ciudades salvajes sufrirían de una hipertrofia urbana masiva” (Norton, 2003, p. 2). La enumeración de actores-amenaza reproduce la caracterización del especialista en contrainsurgencia Kilcullen, que presenta el mismo enfoque en cuanto a criminalización de los sectores populares urbanos, más aún de los organizados políticamente. Otros autores llegarán incluso a plantear su potencial para desatar la guerra popular, respaldada por sus lazos comunitarios, de solidaridad, autoempleo, generación de infraestructura y servicios sociales (Bustamante, 2020). Así, este tipo de ciudades, que tienen un alto potencial de proliferación en el futuro, corren el riesgo de convertirse en “ciudades fallidas”. La estrategia a adoptar será guerra urbana contrainsurgente, centrada en seguridad interior, en la idea del enemigo difuso y en la disputa por el apoyo de la población civil.

El campo social de condiciones y su historicidad no son considerados en el enfoque de la ciudad feral; la desigualdad y pobreza parecen fenómenos naturales, sinónimos de amenaza y criminalidad, mientras las experiencias de dignificación de los barrios segregados, así como sus tejidos solidarios y comunitarios son invisibilizados. Llama la atención también que el concepto se sostiene en una oposición entre actores ilegales vs. instituciones locales o nacionales estatales. Sin embargo, como señala Zavala (2018) la producción y reproducción de las prácticas de los grupos criminales, como en el caso del narcotráfico, no puede entenderse sin la articulación de intereses entre actores legales e ilegales. Así, el término de ciudad feral operacionaliza la legitimación de la violencia de clase mientras deja intactas las relaciones de poder.

En América Latina, varias ciudades son catalogadas como ciudades ferales en escenarios de guerra urbana: El Salvador, San Pedro Sula, en Honduras, Río y Sao Paulo en Brasil, Tijuana, Ciudad Juárez, Matamoros,

Tampico, Manzanillo, Lázaro Cárdenas y Culiacán, donde tuvo lugar el enfrentamiento para la captura de Ovidio Guzmán en 2019, en México. La población empobrecida será la fuente principal de preocupación: “Las masas desposeídas y desesperadas pueden ser la dimensión humana más obvia en la lucha por la propiedad urbana. No sólo el tamaño de estas masas ha sido alarmante, sino que la tasa de crecimiento es una variable que contribuye a la tensión social... enormes poblaciones de pobres y personas con aspiraciones en las ciudades latinoamericanas son un factor en el potencial de violencia organizada” (Demarest, 1995, p.4). Las referencias a los barrios periféricos y marginales es otra constante, así como el desdibujamiento entre el crimen organizado, las “mafias”, los “gánsters”, y la guerrilla urbana convencional o los nuevos “revolucionarios” urbanos a los que se alude en relación a los movimientos estudiantiles de protesta. ¿Cuál es el papel de las ciudades latinoamericanas en la geopolítica vertical? ¿Qué representan en el campo de intereses de la geopolítica estadounidense frente a otras potencias? Más aún, como ha señalado reiteradamente Laura Richardson, Comandante en Jefe del Comando Sur (Atlantic Council, 19 de enero 2023), en una región que resulta crucial para sus intereses en función de los recursos estratégicos y de mercado para el siglo XXI, pero donde también la exclusión ha dejado cerca de 50 millones de niños, niñas y adolescentes viviendo en condiciones de pobreza en las ciudades de la región (CEPAL, 2013). Asimismo, hay que reflexionar en las implicaciones que ello tiene en las políticas de seguridad de la región y en la formación de sus FFAA cuando la ciudad ocupa un lugar destacado en las estrategias de guerra de cuarta generación que operan, como señala González (2012), desde la “persuasión contundente” a través de herramientas de presión psicosocial hacia la población civil, con la intención de controlar la conducta social masiva en las ciudades para sostener el orden social.

La formación en combate urbano de las Fuerzas Armadas: riesgos para América Latina

El interés estratégico de EU en América Latina en la posguerra fría no ha hecho sino ir en ascenso en un contexto de crisis de este hegemon y a la par de los acuerdos de seguridad, que se afianzaron desde los noventa (Plan Colombia, Iniciativa Mérida, ahora Acuerdo Bicentenario, así como la Iniciativa Regional Andina, por no mencionar las múltiples bases militares establecidas a lo largo de la región) que están ligados a la dependencia de la política de seguridad de los países de la región así como a programas de formación y ejercicios conjuntos, entre los que destaca el enfoque en combate urbano. La formación que se ofrecen a los “aliados” y “socios” en este campo, en voz de la OTAN, incluyen, además del uso de equipo y nuevas tecnologías, recolección de información en terreno y conocimiento de la “infraestructura social”, considerada tanto o más importante que la física: “Los preparativos para operaciones en áreas urbanas densas no sólo deben incluir entrenamiento para luchar en las ciudades, sino también para comprender mejor el ‘flujo’ de una ciudad. El flujo es la interacción de personas y el flujo o intercambio de recursos e información tanto dentro de una ciudad como entre una ciudad y sus alrededores” (NATO, 2020, p.3). A ello habrá que agregar la producción de narrativas que contrarresten la de los actores a enfrentar de cara a ganar apoyos entre los civiles no combatientes y desarrollar “conciencia situacional”: “el éxito de futuras operaciones urbanas dependerá en gran medida de la capacidad de mantener el control de la información y los dominios cibernéticos... La presencia de los medios de comunicación en zonas de conflicto urbano y el acceso ubicuo a las redes sociales a través de Internet reducen efectivamente la capacidad de las fuerzas gubernamentales para controlar el entorno informativo y moldear la opinión pública” (NATO, 2020, p.5). De ahí que las unidades de operaciones psicológicas cobren un papel cada vez más relevante al ser vistas como armas de combate. Como señala Peters, el control de la población originaria en un escenario donde es difícil diferenciar amigos, enemigos y población no combatiente será fundamental y sólo se logrará controlando sus centros urbanos, lo que requiere la “estrecha cooperación con actores no combatientes, como gobiernos locales y fuerzas de seguridad, así como ONG y similares” (NATO, 2020, p. 5).

No es de extrañar que desde 2001, se haya disparado el número de integrantes de las Special Operations Forces (SOF), alcanzando los 70,000 efectivos, así como su presupuesto, que superó los 17,000 mdd en

2016, alcanzando presencia en 135 países de los 196 contabilizados a nivel mundial (Kinosian y Isacson, 2016). A pesar de un descenso en el presupuesto a partir de 2021 tras la salida de Afganistán, se mantenía el número de efectivos del Comando de Operaciones Especiales de EU (USSOCOM) para 2023 (U.S. SOF, 2024). En consonancia, las misiones de entrenamiento de fuerzas de operaciones se triplicaron entre 2007 y 2014 en América Latina, pasando de 12 a 36, en las que se formaron 13.000 miembros de los cuerpos de seguridad en distintas especialidades que, en su mayoría, incluyeron combate urbano y aspectos puntuales como control de disturbios. Honduras tuvo 21, el país con mayor cantidad de misiones, al que siguieron Colombia y El Salvador con 19. Ya desde los noventa, México y Brasil estaban en los escenarios para la asistencia militar en combate urbano para el siglo XXI (Peters, 1996).

El reto de la geopolítica vertical y de las “ciudadelas de los desposeídos” requirió reorientar la formación para concentrarse en áreas urbanas periféricas donde se concentrará el conflicto y las bajas de tropas en el siglo XXI: “el porcentaje de bajas para las tropas sin un entrenamiento adecuado en el combate urbano se calcula entre 25 y 30 por ciento” (Graham, 2007, p.116). De ahí la importancia de escenarios urbanos del “Tercer Mundo” para los entrenamientos, “espacios creados para imitar el entorno estratégico de la ‘ciudad salvaje’” (Graham, 2007, p.114) en las que se recrean ciudades arruinadas, con infraestructura y vivienda deteriorada, “realistas” (Peters, 1996). Los países centrales cuentan desde hace años con centros de entrenamiento especial para combate urbano, ofrecen formación conjunta e incorporan a sus “socios” en la ampliación de instalaciones. La RAND (Glenn, Russell et al., 2006) contabilizaba 60 zonas de entrenamiento de EU alrededor del mundo y recomendaba, en un informe de inicios del siglo XXI, la creación de nuevas réplicas de ciudades. Estas ciudades de entrenamiento se encuentran en el sur y sudeste de EU, pero también en Inglaterra, Alemania, Francia, Israel, Kuwait, Singapur. Con un costo de millones de dólares se reproducen calles con barro, depósitos de chatarra, alcantarillas con ratas, olor a cuerpos en descomposición, fosas comunes con huesos de la carnicería, aguas estancadas, basura e incluso en algunas hay actores ‘insurgentes’ que representan a la población civil autóctona (Graham, 2007). Se trata de representar una ocupación real de la ciudad y preparar a las fuerzas especiales en contrainsurgencia en terreno. Por ejemplo, en Tzeélin (Israel), los estadounidenses entraron en contacto con la “realidad árabe” antes de la primera guerra del Golfo y la batalla de Faluya. A esta infraestructura hay que sumar los simuladores con tecnología, creados con el apoyo de Hollywood en el caso de EU, que tienen el mismo fin y reproducen fenómenos de caos y violencia en ciudades estadounidenses como las revueltas de Los Ángeles en 1992 y de Nueva Orleans con las inundaciones. México cuenta con su propio Centro de Entrenamiento de Realidad Virtual (CERV) desde 2023 para entrenamiento de policías de América Latina en el que se reproducen escenarios de disturbios, rescate de secuestrados, etc., “es un simulador de experiencias de realidad al 100 por ciento mediante sofisticados dispositivos, sensores y comandos para realizar interacciones físicas, visuales, auditivas y emocionales que permitan un entrenamiento físico y psicológico de diversas situaciones de crisis, donde los cuerpos policíacos se capacitan para adquirir movimientos tácticos, toma de decisiones, estrategias, para desescalar conflictos, adquirir habilidades y tener la experiencia de operativos que nunca antes se han experimentado” (Secretaría de Seguridad Ciudadana, 2023). El CERV es considerado como un centro único en América Latina, sólo equiparable a los de EU e Israel. En la inauguración se recreó un escenario de rescate de secuestro en el barrio de Tepito. Ya desde 2018, la Marina cuenta con un Centro de Adiestramiento Avanzado de la Armada (CADAVAM), ubicado en Valle de Bravo, que cuenta entre otras formaciones con combate urbano.

Estos simuladores de guerra urbana son representaciones simbólicas sobre cómo viven las personas empobrecidas y contienen todos los estereotipos de criminalización de la pobreza, asociados con la representación del enemigo e identificados como (potencial) amenaza. Hay que considerar que el “realismo” de estos escenarios tiene implicaciones en las prácticas institucionales y en la normalización de una cultura de guerra que trasciende a los cuerpos de seguridad en tanto son escenarios de guerra contra los pobres. Esas representaciones están en los manuales de operación y formación; el MCPR 12-10B.1 de

la Marina de EU señala: “Las ciudades históricamente son lugares donde fermentan las ideas radicales, los disidentes encuentran aliados, la mezcla de personas causa fricciones étnicas y los grupos descontentos reciben la atención de los medios” (2018, p.1). En este mismo documento se plantea el terrorismo como un fenómeno fundamentalmente urbano, lo cual también permite entender por qué en un contexto posguerra fría en el que se reestructuraron las políticas de seguridad mundial y en el que cobra centralidad el combate al terrorismo, la guerra urbana adquiere un papel preeminente en la estrategia y formación de cuerpos especiales.

En este contexto, desde la perspectiva institucional estadounidense, las megaciudades latinoamericanas, se presentan como un problema de seguridad; en particular, Ciudad de México, Río y Sao Paulo en Brasil, y Buenos Aires. Sobre las áreas urbanas en general se expresa lo siguiente: “En América Latina, como en otras partes, la escena urbana ha sido durante mucho tiempo el foco de la violencia política organizada, de la teoría revolucionaria y de la consideración académica de la misma. Indicadores recientes sugieren que los lugares urbanos para el uso antiestatal de la fuerza organizada pueden volverse aún más comunes en América Latina” (Demarest, 1995, p.3), entre estas están Lima, Caracas, San Pedro Sula, Tegucigalpa, Bogotá, Ciudad de Guatemala. Ponen énfasis en la importancia de conocer la realidad sociopolítica de la región y en la conformación de equipos de fuerzas aliadas regionales, tanto para operaciones conjuntas expedicionarias como en actividades de disuasión y prevención (Kaune, 2016). Además, hay menciones explícitas no sólo a las guerrillas convencionales de Colombia sino a organizaciones indígenas como la CONAIE de Ecuador y el EZLN en México. Se plantea que “El próximo centro de gravedad de las luchas políticas armadas en América Latina pueden ser las poblaciones indígenas, las pandillas juveniles, los cárteles de la droga, expatriados extranjeros o los insurgentes”, además del crimen organizado (Demarest, 1995, p.2). Desde esta misma mirada, explícitamente se concibe que “la ciudad sí proporciona líderes criminales y revolucionarios” y se pone énfasis en los sindicatos como participantes importantes en el desorden urbano. La heterogeneidad de amenazas acaba focalizándose en criminalización de los sectores excluidos y está presente en la doctrina y formación dirigida a los cuerpos de seguridad de América Latina que han sido concebidos, desde los ochenta del siglo pasado, como fuerzas subalternas en la estrategia de Seguridad Hemisférica de EU en la región.

Así, los distintos ejercicios de formación en combate urbano de las fuerzas de seguridad de América Latina, se hacen en el marco de las concepciones y estrategias de seguridad de EU (MCPR 12-10B.1, 2016; Urban Operations FM 3-06, 2006; Joint Urban Operations 3-06, 2013). Los antecedentes de esta formación en combate urbano se remontan a la guerra contraínsurgente, primero contra las guerrillas convencionales y, posteriormente, a la guerra contra el narcotráfico, a la que siguió la guerra contra el terrorismo y el crimen organizado, que tuvo profundas implicaciones en la doctrina y conformación de una institucionalidad y legalidad acorde en los países de la región (Rodríguez-Rejas, 2017). De hecho, la OTAN continúa poniendo como ejemplo de operaciones de combate urbano la lucha militarizada contra las organizaciones del narcotráfico (NATO, 2020). La conformación de fuerzas especiales en combate urbano en América Latina creció aún más a partir de 2001, siguiendo la tendencia mundial.

Hay que considerar, además, que los acuerdos de seguridad como Plan Colombia e Iniciativa Mérida incorporaron específicamente entrenamiento en combate urbano. Esa formación se inscribe en el marco de cooperación regional e intercambio en materia de Defensa, interoperabilidad, operaciones especiales, contraterrorismo, vínculos militar-a-militar, e incluye, además del uso específico de armas y tecnología o la recreación de escenarios, la recolección de información destinada a inteligencia y la familiarización con “otras culturas”, como ya mencionamos. El Comando de Operaciones Especiales de USSOUTHCOM mantuvo una intensa actividad formadora en 2023. UNITAS, en el que participan desde hace años la mayor parte de los países de América Latina, que tuvo lugar en Colombia en 2023 y Chile en 2024, incluye combate urbano. Estrella Austral 2023 también contó con “ejercicios de combate en población”, además de otras disciplinas. CORE 2023, un ejercicio binacional EU-Brasil realizado en territorio brasileño, también contó con combate urbano. Panamax 2022, coordinado por Comando Sur aunque está centrado

en la seguridad del Canal también incluye las ciudades portuarias en torno a éste (Panamá, Colón, etc.). Igualmente, en Fuerzas Comando, organizado por Comando Sur y en el que participan prácticamente todos los países de América Latina, incluye combate urbano. Colombia es uno de los países con mayor entrenamiento y formación en este campo, participando incluso en la formación de terceros países. A las actividades contraguerrilleras con las que inicialmente nace la Agrupación de Fuerzas Especiales Urbanas en 1985, se sumará la nueva perspectiva contraterrorista en combate urbano y ya en 2009 se crea el Comando Conjunto de Operaciones Especiales, que tiene un área específica en combate urbano (Ejército Nacional, 2007). México, al igual que Chile, Colombia y Perú, participó también en RIMPAC, en 2022, un ejercicio organizador por EU cada dos años que cuenta con simulador de escenarios de combate urbano; en Bold Alligator, un ejercicio multinacional que comenzó en 2010 como un ejercicio simulado que cuenta con combate urbano y que, a partir de 2012, se realiza con fuego real; y en Trade Winds, que cuenta con una sección de operaciones urbanas. Desde 2001 México cuenta con Fuerzas Especiales de la Marina y del Ejército orientadas al combate al narcotráfico, que es esencialmente formación contrainsurgente e incluye operaciones en ámbito urbano. Países como Uruguay, con menor peso en el ámbito de seguridad regional, participan en Fuerza Comando, sus FFAA tienen igualmente entrenamiento en combate urbano y cuentan con la Guardia Republicana de Operaciones Especiales que, como parte de la Policía Nacional, está especializada en disturbios y combate urbano. En el caso de Brasil, destaca la formación del Batallón de Operaciones Especiales de la Policía Militar de Río de Janeiro, a cargo de operaciones especiales en favelas y que ha sido evidenciado en reiteradas ocasiones por violación de derechos humanos.

Sin duda, es necesario reflexionar sobre las implicaciones de la concepción de guerra urbana y, en particular, de esta formación de cara a conflictos en las ciudades latinoamericanas en los escenarios futuros; ciudades ya de por sí militarizadas hace años y con cuerpos de seguridad que cuentan incluso con una tradición en contrainsurgencia urbana desde la década de los sesenta. Ciudades donde la desigualdad crece, como vimos al inicio de este trabajo al igual que el potencial conflictivo y de violencia, y todo ello en un contexto donde las posiciones políticas conservadoras y de mano dura en materia de seguridad van teniendo una presencia creciente en la región como hemos visto a lo largo de la última década y cómo podemos constatar en el caso de Argentina o Perú.

Asimismo, es necesario y urgente analizar las directrices de la política de seguridad estadounidense para la región a la luz de los explícitos intereses declarados por Comando Sur en voz de Richardson. Es no sólo importante, sino que toma carácter de urgencia plantear en el debate académico y político qué concepción de seguridad, qué política de seguridad y qué formación de los cuerpos de seguridad requiere en un proyecto incluyente y progresista. Es necesario de romper las limitaciones de pensar la seguridad desde una perspectiva punitiva y/o militarizada como ha ocurrido durante décadas de represión neoliberal así como conocer hasta dónde los gobiernos progresistas de la región se plantearon concepciones y estrategias de seguridad alternativas y hasta donde reprodujeron las concepciones dominantes en la materia, cuyos costos sin duda fueron altos considerando que todos fueron depuestos a través de procesos de desestabilización que contaron con la participación o al menos anuencia de los cuerpos de seguridad.

Dos preguntas cierran este trabajo: ¿Es posible un proceso de emancipación regional sin romper con la dependencia en seguridad? ¿Qué políticas de seguridad se requieren en sociedades con altos niveles de desigualdad que hagan posible romper la dependencia en materia de seguridad y avanzar en hacia una seguridad emancipatoria?

Referencias

Álvarez-Calderón, Carlos Enrique; Aguirre, Carlos Leonardo; Coronado-Camero, Faiver; y Sierra Gutiérrez, William Alfredo (2022). La guerra en las ciudades: complejidad y desafíos actuales para la seguridad nacional. *Revista Científica General José María Córdova*, 20(40), pp. 753-778. <https://revistacientificaesmic.com/index.php/esmic/article/view/1025>

Atlantic Council (2023, 19 de enero). A conversation with General Laura J. Richardson on security across the Americas. <https://www.youtube.com/watch?v=S2ry5Xl7AhM>

Bodnar, Joseph y Collins, Sue. (2019). NATO Joint Military Operations in an Urban Environment. A Capstone Concept. *The Three Swords Magazine*, 34, pp.93-96. https://www.jwc.nato.int/images/stories/_news_items_/2019/three-swords/NATOUrbanization_2035.pdf

Bourdieu, Pierre. (2007). *La miseria del mundo*. FCE

Bustamante, Adán I. (2020). Insurgencias criminales y guerra urbana en Latinoamérica. *Entretexto*, 12(35), pp.1-17. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/9149486.pdf>

CEPAL. (2013). Los derechos de la infancia urbana. *Desafíos*, 16. <https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/b11a274b-80ce-4c49-b4ff-4b30e04ae3b8/content>

CEPAL. (2024). Plataforma urbana y de ciudades de América Latina y el Caribe. Cepal. <https://plataformaurbana.cepal.org/es/estadisticas-urbanas-regionales?id=698>

Chancel, Lucas; Piketty, Thomas; Sáez, Emmanuel; y Zucman, Gabriel (Coords.). (2021). Informe sobre la desigualdad global 2022. UNDP. <https://dds.cepal.org/redesoc/publicacion?id=5585>

Creveld, Martin. (1991). *The transformation of war*. The Free Press

Das, Veena. (1997). Sufrimientos, teodiceas, practicas disciplinarias y apropiaciones. <http://www.pain-initiative-un.org/doc-center/articulos%20y%20documentos/dolor%20e%20implicaciones%20sociales/Sufrimientos.doc>

Demarest, Geoffrey. (1995). Geopolitics and Urban Armed Conflict in Latina America. Foreign Military Studies Office, Fort Leavenworth, pp.1-21. https://community.afan.org/cfs-file/__key/docpreview-s/00-00-08-81-85/1995_2D00_03_2D00_01-Geopolitics-and-Urban-Armed-Conflict-in-Latin-America-_2800_Demarest_2900_.pdf

Ejército Nacional de Colombia (2007). Manual de Misiones de Fuerzas Especiales. <https://bibliodoe.wordpress.com/wp-content/uploads/2019/01/ejc-3-223-misiones-de-fuerzas-especiales.pdf>

Gans, Herbert. (1995). *The War Against the Poor*. BasicBooks

Glenn, Russell; Jody Jacobs; Brian Nichiporuk; Christopher Paul; Barbara Raymond; Randall Steeb, and Harry J. Thie. (2006). Preparing for the Proven Inevitable: An Urban Operations Training Strategy for America's Joint Force. RAND Corporation. <https://www.rand.org/pubs/monographs/MG439.html>.

González Agudelo, Andrea (2012). La guerra urbana como elemento articulador de la guerra de cuarta generación. *Revista Estudios sobre Seguridad y Defensa*, 7(2), edición 14, pp. 78-86. <https://esdegrevistas.edu.co/index.php/resd/article/download/192/236/487>

Graham, Stephen (2004). Cities as strategic sites: place annihilation and urban geopolitics. En Stephen Graham (Ed.). *Cities, war and terrorism. Towards an urban geopolitics*. Blackwell

Graham, Stephen (2007). La guerra y la ciudad. *New Left Review*, 44, mayor-junio, pp.113-124. <https://newleftreview.es/issues/44/articles/stephen-graham-la-guerra-y-la-ciudad.pdf>

Harvey, David. (1979). *Urbanismo y desigualdad social*. Siglo XXI

Harvey, David. (2010). La ciudad neoliberal. En Miriam Alfie, Iván Azuara, Carmen Bueno, Margarita Pérez y Sergio Tamayo. *Sistema mundial y nuevas geografías* (pp.45-64). UAM/UIberoamericana

Harvey, David. (2020). Razones para ser anticapitalistas. CLACSO

Hidalgo, Rodrigo y Janoschka, Michael (2014). La ciudad neoliberal: estímulos de reflexión crítica. En R. Hidalgo y M. Janoschka (eds.) (2014). *La ciudad neoliberal*. Universidad Católica de Chile.

Hiernaux, Daniel (2011). De las desigualdades territoriales: conceptos y prácticas. *Frontera interior: Ciencia y sociedad, Nueva Época* (1), pp. 7-18

- ICRC. (2017). "I Saw My City Die" Voices From The Front Lines of Urban Conflict in Iraq, Syria and Yemen. ICRC. <https://shop.icrc.org/i-saw-my-city-die-voices-from-the-front-lines-of-urban-conflict-in-iraq-syria-and-yemen-pdf-en.html>
- ICRC. (2015). Urban Services During Protected Armed Conflict. ICRC. https://www.icrc.org/sites/default/files/document/file_list/icrc-002-42491.pdf
- Joint Urban Operations 3-06 (2013). Joint Publication, Joint Chiefs of Staff, US Government. https://www.jcs.mil/Portals/36/Documents/Doctrine/pubs/jp3_06.pdf
- Katz, Michael B. (2013). *The undeserving poor: America's enduring confrontation with poverty*. Oxford University Press.
- Kaune, Patrick W. (2016). Analysis of US Army Preparation for Megacity Operation. US Army War College. https://securitypolicylaw.syr.edu/wp-content/uploads/2016/04/Kaune_AWC_Report_Combined-mwedit042016.pdf
- Kilcullen, David J. (2006). Three Pillars of Counterinsurgency, Washington D.C, US Government Counterinsurgency Conference.
- Kilcullen, David J. (2013). *Out of the Mountains. The Coming Age of the Urban Guerrilla*. Oxford University Press
- Kinosian, Sara y Isacson, Adam. (2016). Operaciones Especiales de EE.UU en Latinoamérica: ¿Diplomacia paralela?. WOLA. <https://www.wola.org/es/analisis/operaciones-especiales-de-ee-uu-en-latinoamerica-diplomacia-paralela/>
- Lind, William, Nightengale, Kathe, Schmitt, John, Sutton, Joseph, Wilson, Gary (1989). The Changing Face of War: Into the Fourth Generation, Marine Corps Gazette, p. 22-26. https://www.academia.edu/7964013/The_Changing_Face_of_War_Into_the_Fourth_Generation
- Lind, William. (2004). Understanding Fourth Generation War, Military Review, p. 12-16. <https://www.hsdl.org/?view&did=482203>
- Lucier, James P. (editor). (2000). Santa Fe IV: Latinoamérica hoy. <http://offnews.info/downloads/santafe4.PDF>
- Massey, Doreen. (2009). Concepts of space and power in theory and in political practice. *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 55, pp. 15-26
- Military Operations on Urbanized Terrain MCRP 12-10B.1 (2018). US Marine Corps: (1° ed. 1998, MCWP3-35.3). <https://www.marines.mil/Portals/1/Publications/MCRP%2012-10B.1%20GN.pdf>
- NATO. (2020). Urban Warfare, Nato Parliamentary Assembly. https://www.nato-pa.int/download-file?filename=/sites/default/files/2020-12/040%20STCITTS%2020%20E%20rev%20%20fin%20-%20REPORT%20-%20URBAN%20WARFARE_0.pdf
- Norton, Richard. (2003). Feral Cities. *Naval War College Review*, 56(4), pp.1-11. <https://digital-commons.usnwc.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=2342&context=nwc-review>
- Olmo, Carolina del y Rendueles, César. (2007). Entrevista a David Harvey. Las grietas de la ciudad capitalista. *Cuadernos del Cendes* 24(65), pp.1-6. https://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1012-25082007000200006
- OXFAM (2022). *Las desigualdades matan*. Oxfam Internacional
- Peters, Ralph. (1996). Our Soldiers, Their Cities. *The US Army War College Quarterly: Parameters* 26 (1), pp. 43-50, doi:10.55540/0031-1723.1768
- Pradilla Cobos, Emilio. (2014). La ciudad capitalista en el patrón neoliberal de acumulación en América Latina. *Cadernos Metrópole*, (16)31, pp. 37-60 <http://dx.doi.org/10.1590/2236-9996.2014-3102>
- Rodríguez-Rejas, María José (2017). *La norteamericanización de la seguridad en América Latina*. Akal
- Rodríguez-Rejas, María José. (2021). Capitalismo de guerra y Estado de seguridad. Lastres y desafíos. *Estudios Latinoamericanos*, (47-48), pp. 109–130. <https://doi.org/10.22201/fcpys.24484946e.2021.47-48.83341>

Secretaría de Seguridad Ciudadana (SSC). (2023, 15 de febrero). La SSC inaugura primer Centro de Entrenamiento de Realidad Virtual en América Latina para policías de la Ciudad de México, Boletín 187. <https://www.ssc.cdmx.gob.mx/comunicacion/nota/387-la-ssc-inaugura-primer-centro-de-entrenamiento-de-realidad-virtual-en-america-latina-para-policias-de-la-ciudad-de-mexico>

Szafranski, Richard. (1994). Neocortical Warfare? The Acme of Skill. *Military Review*, November, pp. 41—55.

Therborn, Göran. (2015). *Los campos de exterminio de la desigualdad*. FCE

UN-Habitat. (2020). World Cities Report 2020. The Value of Sustainable Urbanization. UN-Habitat. https://unhabitat.org/sites/default/files/2020/10/wcr_2020_report.pdf

UN Human Settlements Programme. (2022). World Cities Report 2022. <https://www.un-ilibrary.org/content/books/9789210028592#chapters>

Urban Operations FM 3-06 (2006). Headquarters Department of the Army, Washington. <https://irp.fas.org/doddir/army/fm3-06.pdf>

U.S. Special Operations Forces (SOF). (2024). Background and Considerations for Congress. Congressional Research Service. <https://sgp.fas.org/crs/natsec/RS21048.pdf>

Wacquant, Loïc. (2010). *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Gedisa.

Wacquant, Loïc ; Slater, Tom y Pereira, Virgilio. (2014). Estigmatización territorial en acción. *Revista Invi*, 29 (82), pp.219-240.

Zavala, Oswaldo (2018). *Los cárteles no existen. Narcotráfico y cultura en México*. Malpaso



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciante o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier uso permitido por la licencia.